

Autobiografía de Sorokin

Años preuniversitarios en San Petersburgo

Fue fácil decidirme a ir a San Petersburgo, pero fue mucho más difícil llegar hasta ahí. El pasaje más barato, incluyendo el vapor desde Rymia hasta Vologda y el tren de Vologda a San Petersburgo, costaba por lo menos dieciséis rublos. En esa época, mi capital total ascendía a un solo rublo. Hice algunos trabajos de pintura en dos casas de campesinos y así aumenté mis fondos a diez rublos. Esta suma era aún insuficiente para mi viaje; pero, puesto que en esa época no podía conseguir trabajo, con el optimismo de la juventud, en una clara mañana de septiembre de 1907 me despedí de mi tía Anyssia, de Prokopi y de mis amigos, abordé el Kupchik, un barquito primitivo, y emprendí así mi peregrinación hacia la capital rusa. Con el boleto más barato en la bolsa y con una canasta de alimentos proporcionada por Anyssia y completada por el tío Mijail y la tía Ana en Veliki Ustyug, disfruté, durante seis días de viaje en el vapor, del paisaje lentamente cambiante de ríos y campos, y de la sencilla compañía de mis compañeros de viaje. Estos placeres aumentaban con mis pensamientos y mis sueños. Aunque los alojamientos de tercera clase en el vapor eran muy malos, y aunque la disminución del bastimento de mi canasta me obligó a disminuir mis raciones diarias, estos detalles no le importaban gran cosa a un muchacho vigoroso, en paz consigo mismo, muy satisfecho y lleno de esperanzas.

Desgraciadamente, este plácido estado mental se vio trastornado en Vologda por un prosaico problema financiero. El boleto de tren más barato desde esa ciudad a San Petersburgo costaba unos 8 rublos, y mi "capita!" se había reducido ya a unos tres rublos. Como no tenía otra alternativa, compré un boleto para una de las estaciones cercanas a Vologda, y abordé el tren con la esperanza de poder recorrer el resto del camino hasta la ciudad en la "clase conejo" que era como llamaban en Rusia a la de los pasajeros que viajaban sin boleto. Con mi boleto

pasé la primera inspección de pasajeros hecha por los conductores del tren, escondido en los escalones de uno de los carros pasé sin ser notado otras cuantas inspecciones, pero en otra inspección, fui descubierto como "pasajero conejo"; se me ordenó que regresara al vagón y se me interrogó. Le dije al conductor, francamente, que iba a San Petersburgo en busca de trabajo y para poder instruirme; que con el dinero que tenía sólo había podido comprar un boleto para la estación que acabábamos de pasar y esperaba poder continuar el viaje de "conejo" Ya sea que el conductor fuera un hombre particularmente bondadoso o que mi franca explicación lo haya impresionado favorablemente, lo cierto es que me dijo que podía continuar el viaje hasta San Petersburgo, a condición de que ganara mi pasaje limpiando los carros, particularmente los lavatorios y ayudando al personal en su trabajo. Acepté gustoso ese ofrecimiento para ganar mi pasaje con este trabajo y llegué muy bien a la ciudad. Cuando bajé a la plataforma de la estación Nikolaievsky en San Petersburgo, aún tenía en el bolsillo un "activo" de cincuenta kopeks (el equivalente de unos 3 pesos mexicanos de acuerdo con el cambio actual).

Feliz comienzo en la metrópoli

A la única persona a quien conocía en San Petersburgo era Pavel Kokonin, uno de mis amigos de Rymia, que dos años antes había emigrado a la capital de Rusia. Como tenía su dirección, caminé desde la estación Nikolaievsky hasta su casa y lo encontré en ella. Esta "casa" era un cuarto en un viejo edificio de departamentos, en el cual, mi amigo, su cama y sus escasas pertenencias ocupaban una de las esquinas. Las otras tres esquinas estaban rentadas a una anciana, a una joven y a un amigo de Pavel, que trabajaba en la misma fábrica. A pesar de su miseria evidente, el cuarto estaba limpio y ordenado. Las relaciones entre los vecinos se llevaban a efecto cordialmente, según pude comprobar más adelante. Todos me recibieron amablemente y me invitaron a cenar. Durante la comida, Pavel me dijo que podía permanecer con él unos cuantos días hasta que encontrara trabajo y todo el grupo tomó parte en la discusión sobre dónde y qué clase de trabajo podría yo conseguir. Todos prometieron sondear a sus jefes y amigos sobre este punto. Entre otras sugerencias, Pavel me aconsejó que pusiera un aviso en la entrada principal del edificio de departamentos ofreciendo mis servicios como instructor y secretario a precio muy bajo. Esta sugerencia, que seguí esa misma tarde, resultó afortunada; pues a la tarde siguiente, un empleado de la estación central eléctrica fue al cuarto, y después de

una corta entrevista, me contrató como instructor de sus dos hijos que se encontraban en los primeros años de preparatoria. En pago de mis clases podría vivir en un cuarto con mis alumnos y tener desayuno y cena gratis. Acordamos que me mudaría al departamento al día siguiente. En la noche, cuando mis amigos regresaron del trabajo, les informé alegremente de mi buena suerte. Con una parte de un cuarto para vivir y dos comidas seguras al día consideré que mi problema inmediato quedaba resuelto satisfactoriamente.

Mis deberes como maestro me dejaban bastante tiempo libre para mi educación, lo mismo que para ganar algo de dinero para satisfacer mis modestas necesidades.

A la mañana siguiente, antes de cambiarme al departamento de la familia, decidí sondear el problema de mi educación. Mi objetivo era convertirme en estudiante universitario. Pero, como había sido expulsado del seminario para maestros y no había cursado ningún grado de preparatoria, sólo había una forma de poder entrar a la universidad como estudiante: a saber, pasando un duro "examen de madurez" para los ocho años de preparatoria, incluyendo algunos conocimientos adicionales que se pedían a los externos que no se habían graduado en la preparatoria. En esa época yo no estaba preparado para este examen, particularmente en materias como latín, griego, francés, alemán y matemáticas. Para adquirir dicha preparación deseaba entrar a una de las escuelas nocturnas que, entre otras, ofrecían estos estudios a los estudiantes capaces. Como no tenía yo dinero para pagar la colegiatura (bastante alta) decidí explorar qué probabilidades tendría de ser admitido gratis al *Tschernia yevskye Kursy*, una de las mejores escuelas de este tipo. Me había enterado de que el fundador de esta escuela, Mr. Tscherniaeff era de la provincia de Vologda y que simpatizaba con el partido social revolucionario, así como de que uno de los maestros del Kursy, amigo íntimo de Tscherniaeff, el profesor K. F. Jakov, era el primer *komi* que había logrado la distinción de ser profesor universitario.

Así que, esa mañana caminé unas siete millas para llegar al departamento del profesor. No estaba en casa, pero la señora Jakov, que era maestra en una secundaria particular, me recibió amablemente, y de una manera muy amistosa me preguntó sobre mis asuntos y mi interés en ver al profesor. Varios años después, cuando me convertí en un profesor conocido ella acostumbraba describir a nuestros amigos, en broma, mi primera visita a su casa. Su narración decía, más o menos: "Abrí la puerta y ahí estaba un muchacho campesino, con una camisa rusa y un pequeño envoltorio en la mano. Cuando le pregunté a quién deseaba ver,

me respondió que acababa de llegar de la región komi y que quería ver al profesor komi. Cuando le pregunté donde había dejado su equipaje, el muchacho mostró su envoltorio y dijo: 'Aquí está'. A la pregunta de si tenía dinero para sus gastos, me respondió alegremente: 'Sí, aún tengo cincuenta kopekcs y ya tengo sitio donde vivir y dos alimentos al día. No me preocupa el dinero. Si necesito más, puedo ganarlo'."

Mientras la señora Jakov exploraba mi educación mediante la técnica de la "entrevista directa" (como dirían ahora mis colegas sociólogos) llegó el profesor Jakov y, después de que se le informó sobre el visitante, se unió a nuestra conversación.

Era un hombre notable en muchas formas. Sus orígenes eran semejantes a los míos en cuanto a su difícil ascenso de la posición de un muchacho campesino komi a la de profesor de filosofía y famoso escritor de novelas y obras épicas sobre la vida komi (en un estilo que permitía recordar la *Hiawatha* de Longfellow y la *Kalevala finlandesa*). Pero, por sobre estas cualidades, se elevaba su impresionante y rica personalidad, su originalidad y su independencia intelectual respecto de todas las corrientes de pensamiento y de todos los estilos artísticos que estaban de moda. Quizá esta "terquedad" suya haya sido la causa de que sus obras fueran subestimadas antes de la revolución de 1917, así como de que haya tenido que emigrar de la Rusia comunista a Latvia en donde murió hacia 1920.

Nuestra larga y animada conversación terminó con su promesa de arreglar con Mr. Tscherniaeff que se me admitiera gratis en la escuela, y con su invitación para que los visitara y asistiera a sus *soirées* mensuales literarias, en su departamento. Esta primera visita fue el principio de una larga y estrecha amistad que duró hasta la muerte de los esposos Jakov, hacia 1920. Me ayudaron mucho en varias formas durante mis primeros años en San Petersburgo. También me introdujeron a varios círculos filosóficos, literarios y artísticos. Posteriormente, Jakov y yo emprendimos juntos varios estudios antropológicos y económicos sobre el pueblo komi. Entre otras cosas, fue en una de las *soirées* de Jakov en donde conocí a mi esposa, que entonces era una joven y hermosa estudiante de la Universidad Femenina Bestudjeff de San Petersburgo.

Feliz y alentado, caminé siete millas de regreso al cuarto de Pavel y, después de despedirme de todos, me mudé esa noche al departamento de mis alumnos. Como todas mis pertenencias se encontraban en mi pequeño envoltorio, mi mudanza fue muy sencilla: sencillamente caminé hacia mi nueva residencia, llevando mi envoltorio conmigo. La frase latina *Omnia mea me cum porto*, que aprendí posteriormente, describe con exactitud mi fácil "movilidad residencial" de entonces. Me sentí muy afortunado.

En dos días había logrado conseguir sitio donde vivir, alimentos diarios y admisión a una escuela nocturna para continuar mi educación. En esos días, en su apariencia inescrutable, la diosa Fortuna parecía sonreirme.

Años de escuela nocturna

También en la familia de mis alumnos tuve suerte. Era una familia modesta, razonablemente tradicional, pero muy decente. A pesar de la diferencia en nuestras ideologías políticas, nuestras relaciones rápidamente llegaron a ser amistosas y continuaron siendo buenas durante el año que permanecí con ellos. Conforme a las normas estadounidenses, es probable que mi desayuno (que consistía de un vaso de té y un bizcocho) y mi cena (una sopa, cereal o carne y té) se juzguen algo escasos, y que mi rincón en el cuarto de mis alumnos pudiera considerarse algo estrecho; pero, para mí, con mi origen humilde, todo esto resultaba bastante aceptable y cómodo. También me parecía satisfactoria la caminata de 12 millas que tenía que emprender de ida y vuelta a la escuela nocturna, a la que asistía seis días a la semana. Esta caminata era un buen ejercicio para un joven y —lo que era más importante— en esas caminatas por la tarde y la media noche, aprendí mucho sobre el aspecto sombrío de la vida nocturna de una gran ciudad.

Pronto, gracias a las recomendaciones de Jakov, obtuve más trabajo de profesor y, con esto, un ingreso adicional de unos cuantos rublos para mis pocas necesidades. Me sentía muy contento con estas condiciones, quizá un poco espartanas. Después de haber resuelto estos problemas secundarios, me dediqué seriamente a la tarea de mi desarrollo mental, moral y cultural. Con estos objetivos en mente trabajé duramente en mis clases en la escuela nocturna, leí y pensé mucho fuera de la escuela, participé en varias discusiones y absorbí toda la cultura que pude en la metrópoli.

Tres semestres de asistencia a la escuela nocturna me ayudaron mucho en esta tarea. La mayoría de los maestros eran ahí profesores universitarios, y sus cursos no eran muy distintos de los cursos universitarios para los alumnos de primero y segundo años. La asistencia a los cursos y lecciones era optativa. Las pruebas y exámenes eran pocos, pero eran muy rigurosos. Este sistema de instrucción, semejante al de las universidades rusas de antes de la revolución; libraba de la fatiga de la instrucción secundaria, del aburrimiento de la asistencia obligatoria, y de otros requisitos obligatorios (en gran parte inútiles) que aún existen en las universidades americanas. Me gustaba este sistema libre y lo aproveché lo mejor que pude.

Los alumnos de la escuela formaban un grupo heterogéneo de hombres y mujeres, predominantemente jóvenes, de diferentes formas de vida. Al lado de los estudiantes mediocres y tontos, había un grupo de alumnos brillantes. Posteriormente, algunos de ellos se distinguieron en la ciencia, las humanidades y la política. La comunidad de interés en estos campos, con inclusión de la posición política antizarista común a todos, me permitió establecer amistad con algunos de esos estudiantes más brillantes. Juntos discutíamos varios problemas, participábamos en actividades subversivas y, de vez en cuando, nos reuníamos en torno a una botella de cerveza o un vaso de vodka. Estas amistades duraron muchos años, hasta que de entre ellas algunos resultaron muertos o hasta que otros nos dispersamos en el planeta, a causa de la Primera Guerra y de la revolución comunista de 1917.

El más íntimo de estos amigos fue Kondratieff, quien, como ya lo mencioné anteriormente, estuvo conmigo en el seminario de maestros. Varios meses después de que me expulsaron de ahí, Kondratieff también fue expulsado por sus actividades revolucionarias. Informado de mi asistencia a una escuela nocturna, se fue a San Petersburgo y ahí se inscribió en la misma escuela, en el semestre de primavera de 1908. En el semestre de otoño de ese año, rentamos un cuarto (junto con un estudiante komi de la misma escuela, llamado Kusbodjeff) y Kondratieff y yo seguimos siendo compañeros de cuarto por varios años durante nuestros estudios universitarios. Posteriormente, él se convirtió en un distinguido profesor de economía y en un alto funcionario del departamento de agricultura, bajo los gobiernos de Kerensky y de los comunistas. Bajo el régimen soviético fue llevado varias veces, de su alto puesto a la prisión y de la prisión de vuelta a su puesto. Nos encontramos, por última vez, en la Universidad de Minnesota en 1927, durante un recorrido científico que hizo por las principales Universidades de Estados Unidos. En esa época permaneció con nosotros, como nuestro huésped, durante unos diez días. Durante esos días recordamos alegremente nuestras pasadas experiencias e intercambiamos puntos de vista sobre problemas básicos, de interés común, particularmente sobre Rusia y la revolución comunista. Ésta fue la última vez que nos vimos. Unos cuantos años después, Kondratieff fue acusado por Stalin de instigar y llevar a cabo una política agrícola anti-comunista. Fue incluido en la facción antistalinista de los dirigentes comunistas y anticomunistas y purgado, junto con ellos, después del famoso juicio de paja de 1931-32. Desterrado al Turkestán o a Siberia, murió ahí en circunstancias que desconozco, lo mismo que sus demás amigos. Una

vez más, tengo que decir el *Requiem aeternam* ahora por mi más querido amigo, por un hombre maravilloso.

Mi desarrollo mental y cultural adelantó no sólo gracias a la escuela, sino también por mi ávida absorción de los grandes valores culturales acumulados en San Petersburgo. Durante esos años, yo era como una esponja que absorbía vorazmente lo más que podía de las creaciones inmortales del genio humano (en ciencia, tecnología, filosofía y bellas artes; en ética y leyes, política y economía). Toda gran ciudad tiene, junto con un cúmulo de valores falsos vacíos y dañinos, un gigantesco tesoro de valores universales, eternos e inmortales, acumulado en sus escuelas y laboratorios, catedrales y bibliotecas; en sus museos y galerías de arte; en sus teatros y salas de concierto; en sus grandes edificios y monumentos históricos. En ese sentido, toda gran ciudad es una inmensa escuela para el ennoblecimiento del hombre o para su degradación; para el desarrollo o para la nulificación de sus potencialidades creadoras. Desgraciadamente muchos habitantes urbanos (especialmente en esta época de falsa cultura comercializada y vulgarizada) no seleccionan lo que absorben de la rica cultura de las grandes ciudades. En esta época, enormes masas y una multitud de “barbaris artificiosos” toman de esta cultura (principalmente a través de la prensa, la radio, la televisión, los anuncios y otros medios de comunicación) las vaciedades, las cosas inútiles de brillantes reflejos, los juguetes venenosos, el “éxito” de corta duración. Como resultado de ello, permanecen en su mayoría “manequíes pulidos de la civilización”, apenas superiores a los salvajes sin civilización por lo que se refiere a su inteligencia, su conducta moral y su espíritu creador.

Ya sea a causa de mi experiencia anterior con las realidades duras de la vida o a causa de mi mente revolucionaria (que no permitía distracciones triviales), el hecho es que los falsos valores seductores ni me atrajeron entonces ni han llegado a hipnotizarme aún en la actualidad. Su rápido cambio, de una forma novedosa de vacío a otra, nunca me fascinó. Aún ahora, si un libro, o un disco, o una obra teatral, se vende por millones, esta es razón suficiente para que yo no me moleste en conocer ese tipo de “chicle” mental o cultural. Hay pocas excepciones a esta regla, pero, según demostré en *Social and Cultural Dynamics* (vol. iv, cap. v), las excepciones no invalidan la regla; la inmensa mayoría de los “éxitos” de los “best-sellers” o de lo que se vende “como pan caliente” es de corta duración; representan solamente una mercancía intelectual vulgarizada, nada más.

En lugar de atiborrarme con esta basura, yo abrevé en las obras inmortales de la literatura, la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, la

religión y la filosofía, la ciencia y la técnica, las disciplinas sociales y humanísticas. Logré este tipo de educación general leyendo vorazmente las obras clásicas y —hasta donde lo permitían mi tiempo y mis escasos recursos— visité museos, asistí al teatro y a los conciertos y participé en diversas sociedades y grupos literarios, artísticos, filosóficos y políticos. A través de los Jakovs y de otros maestros, pronto me relacioné con varios dirigentes rusos en estos campos culturales. También establecí relaciones personales con algunos de los jefes de los partidos social-demócrata, social-revolucionario y constitucional democrático y reanudé mis actividades culturales y educativas entre los trabajadores de Potilovsky y de otras fábricas. En un régimen verdaderamente democrático, estas actividades serían consideradas como trabajo regular en el terreno de la educación de adultos y de popularización de las teorías positivistas, progresivas y socialistas; pero, bajo el decadente régimen zarista, no podían dejar de ser consideradas por el gobierno como subversivas y revolucionarias. Sin embargo, hasta 1911 no se me arrestó por este tipo de actividad. Junto con mi absorción de nuevos conocimientos y valores luché por ingresar mis ideas en una concepción del mundo unificada y consistente. Hay personas que no parecen tener una necesidad urgente de organizar el contenido heterogéneo de su mente dentro de un sistema consistente. Su mentalidad recuerda un amontonamiento, en el que conocimientos diversos y contradictorios (filosofías e ideologías, fragmentos de valores diversos y aspiraciones incompatibles), navegan tranquilamente mezclados entre sí. Estos individuos, con sus personalidades no integradas o divididas, frecuentemente se muestran contentos y viven sin crisis ni tragedia.

En contraste con ellos, hay individuos con “un fuerte impulso hacia la consistencia” de sus ideas, valores y aspiraciones. Este tipo de persona no puede dejar de tratar de unificarlas en un todo más o menos consistente. Yo pertenezco a este tipo “integrado” Después del derrumbe de mi primera concepción de la vida en el seminario de maestros, me sentí confuso y descontento, y espontáneamente comencé a buscar una nueva filosofía para restablecer la unidad y la integridad de mi yo. Mi conocimiento creciente de las ciencias naturales, un mejor conocimiento de la filosofía positivista y de las doctrinas socialistas revolucionarias, me dieron las primeras direcciones para la información de mi nueva mundivisión. En esta tarea logré considerables progresos durante mis estudios en la escuela nocturna. Pero, aún entonces, el nuevo sistema de ideas, valores y aspiraciones, sólo se había levantado a medias. Su construcción tenía que continuar en mis años de estudio en el Instituto Psiconeurológico de la Universidad de San Petersburgo.

En general, estos dos años de estudio en la metrópoli fueron productivos para mi desarrollo mental, moral y cultural. Al final de ese periodo, me sentí preparado para el examen de madurez; suficientemente orientado en los principales campos de la cultura, y notablemente adelantado en la integración de mis ideas, valores y aspiraciones básicas. Este desarrollo intelectual fue acompañado por mi madurez emocional y volitiva. Estaba satisfecho con los resultados y, como aún era joven y saludable me sentía contento y lleno de esperanzas.

En este estado de ánimo, en febrero de 1909 decidí ir a Veliki Ustyug para prepararme para el examen final, que pensaba presentar en mayo de ese mismo año. Me fui a Ustyug porque ahí podía dedicar todo mi tiempo a esta tarea y podía vivir con mis tíos Mijail y Anna, gastando menos de lo que podía gastar en vivir en San Petersburgo. Me fui a Ustyug y permanecí ahí varios meses, antes y después del examen. En mayo de 1909, aprobé el examen con 5 que era excelente en todas las materias. El diploma me abría las puertas para mis estudios universitarios, que hasta entonces había tenido completamente cerradas y me daba derecho a inscribirme en cualquier universidad rusa que yo eligiera. Pero aún había un obstáculo: había que conseguir el certificado de lealtad al gobierno zarista. Este requisito no me preocupaba mucho: estaba seguro de que, a pesar de que oficialmente había sido reconocido como subversivo, y no obstante mi deslealtad política al gobierno zarista obtendría —en una u otra forma— el certificado de los funcionarios del decadente régimen político. De hecho pude llegar a obtenerlo del gobernador de San Petersburgo.

Los meses que pasé en Ustyug antes y —sobre todo— después del examen, fueron fructíferos y agradables. Mis tíos eran personas sencillas, pero muy buenas. Se ganaban la vida haciendo y vendiendo pan y pasteles en el mercado de la ciudad. Sus ganancias eran limitadas, pero suficientes para sus modestas necesidades. Ambos eran tradicionalmente religiosos, honestos y buenos en el mejor sentido de estos términos. Su pequeña casa, en la Colina Roja, en las afueras de Ustyug, tenía una hermosa vista sobre la ciudad y el valle en general. La casa no era pretenciosa pero era muy cómoda en el interior. Tenía un pequeño jardín, con flores y legumbres, lo que aumentaba su atractivo. La atmósfera de bondad, paz y armonía en la relación mutua de mis parientes impregnaba toda la atmósfera de la casa.

Durante estos meses, trabé íntima amistad con muchos jóvenes estudiantes y con ciudadanos mayores de Ustyug. Algunos de los estudiantes

(Peter Zepaloff, Vassiliy Bogatyreff y algunos otros) llegaron a ser amigos de toda la vida, hasta que algunos murieron o se dispersaron a causa de la revolución comunista. Después de esta primera y larga estancia en Ustyug, volví varias veces en los años posteriores. Como Rymia, se convirtió en uno de los puntos focales de mis actividades recreativas, educativas y revolucionarias. Después fue la ciudad en la que fui aprehendido y condenado a muerte por los jefes comunistas.

Sin embargo, esto último aún estaba en la mente de los dioses durante mi primera estancia en Ustyug. Después del examen me sentí feliz al tener el camino abierto para la educación universitaria y —lleno de energías y esperanzas— pasé una vida dichosa de convivencia con mis compañeros de Ustyug, y de íntima amistad con mis tíos. La diosa fortuna aún me sonreía. En septiembre de 1909, dejé Ustyug para regresar a San Petersburgo.

i

Años universitarios anteriores a la graduación

El Instituto Psiconeurológico

De regreso a San Petersburgo, después de algunas vacilaciones, decidí no inscribirme en la Universidad de San Petersburgo, sino en el recientemente creado Instituto Psiconeurológico. Su programa me pareció menos rígido que el de la Universidad, y a su facultad se le consideraba tanto como la de aquélla. El Instituto ofrecía, entre otras cosas, cursos en sociología (a cargo de dos especialistas internacionales en este terreno: M. M. Kovalevsky y E. de Roberty), en tanto que la Universidad no ofrecía ninguna instrucción en esta disciplina. Por esa época, de todos los campos científicos, la química y la sociología eran los que más me interesaban. A pesar del carácter tan distinto de estas disciplinas, vacilé durante bastante tiempo antes de decidirme a elegir una de ellas como campo principal de mis actividades. Finalmente me decidí en favor de la sociología. El cuerpo de estudiantes del instituto (al contrario del de la Universidad) me dio la impresión de tener más vida y más espíritu revolucionario de provenir, como yo, de las clases inferiores de obreros y campesinos. Ésta y otras razones semejantes determinaron mi elección. Así, en el otoño de 1909, me convertí en estudiante del instituto.

En contraste con las universidades y colegios norteamericanos, las universidades e instituciones rusas de enseñanza superior, en aquellos días, no exigían la asistencia de los no graduados a las conferencias, seminarios o pruebas. Esto se dejaba a la libre elección. En forma similar, con

algunas excepciones, en las ciencias psico-sociales y en las humanidades prácticamente no había pruebas durante todo el semestre y aun durante todo el año académico; pero había un examen a fondo al final del semestre o del año académico. Casi siempre eran todo mayo y junio (en parte) los meses dedicados para los exámenes de los estudiantes sobre todos los temas estudiados durante el año. Los estudiantes que fracasaban eran dados de baja automáticamente en las universidades. Las instituciones superiores ni se interesaban por saber cómo adquirían los estudiantes los conocimientos necesarios para pasar los duros exámenes de final de año o de semestre, ni suponían que estos conocimientos se lograran solamente por medio de la asistencia regular a las conferencias y a las clases y por medio de pruebas frecuentes. Con mucha razón, estas instituciones pensaban que los conocimientos se adquirían a través de diversos conductos y que los alumnos tenían diferentes formas de responder a las exigencias de la escuela. Las universidades también suponían —por razón— que el entusiasmo espontáneo por aprender, suplementado con un riguroso examen al final del semestre o del año académico era estímulo para que el alumno adquiriese conocimientos y los comprobara, mucho más que muchas pruebas superficiales, con la tensión y prisa que la acompaña y que tienden a interrumpir el estudio sistemático y a imponer una carga innecesaria tanto a los profesores como a los estudiantes. Este sistema era más libre, más productivo y más creador que nuestro sistema dominante de asistencia obligatoria a las conferencias y de frecuentes pruebas superficiales. En mi opinión, nuestro sistema es especialmente perjudicial para los no graduados y para los graduados que tienen gran capacidad.

Yo fui aún más allá de este sistema libre de las universidades rusas. Después de inscribirme en el Instituto Psico-neurológico decidí asistir solamente a los cursos en que: *a*) el profesor ofreciera algo original; *b*) que esta teoría o conocimiento original fuera importante; *c*) que su teoría fuera inédita. Siguiendo esta regla, asistí solamente a medio curso en el instituto, y en los cuatro años de estudios para no graduados en la Universidad de San Petersburgo, también asistí solamente a medio curso. Todos los demás cursos los estudié —con gran economía de tiempo y esfuerzo— en los libros de profesores eminentes o en los textos recomendados por los profesores mediocres. Las ventajas de mi sistema de estudio eran, y siguen siendo, evidentes. En sus libros, los sabios distinguidos formulaban sus teorías en forma más precisa que en sus conferencias; en ellos podía yo estudiar con mayor cuidado, releyendo —cuando era necesario— los pasajes confusos o difíciles, cosa que no podía hacer cuando escuchaba una conferencia; además, mientras leía los libros, podía escribir notas

y resúmenes bastante completos, que hubieran resultado imposibles, mientras oía la conferencia. Además, mi tiempo de estudio podía ser flexible, en tanto que como las fechas y la duración de las conferencias eran fijas, frecuentemente resultaban muy inconvenientes para mis otras ocupaciones y circunstancias. Finalmente, para asistir a las conferencias hubiera tenido que caminar por lo menos dos horas para llegar a los edificios en que tenían lugar y, después, regresar a mi residencia. Por todo esto de acuerdo con la regla que me había impuesto a mí mismo, pude pasar todos mis cursos en menor tiempo y con mayor economía de esfuerzo que si hubiera asistido regularmente a las clases y conferencias. Así por ejemplo, el famoso curso del profesor Petrajitzki, sobre Teoría General de la Ley y la Moralidad, que era tres veces a la semana en el año académico, lo aprendí en dos semanas, estudiando cuidadosamente su volumen *Introducción a la teoría general de la ley y la moralidad* y los dos volúmenes de su *Teoría general de la ley y la moralidad*. Con semejante economía de tiempo y esfuerzo pude pasar otros cursos del instituto y de la Universidad. Basado en mi experiencia, recomiendo mucho este método a todos los estudiantes universitarios capacitados; es más eficaz, económico y productivo que el desperdiciado sistema de la asistencia obligatoria a todas las conferencias y a todos los cursos; la mayor parte de las conferencias y de los cursos casi no ofrecen nada nuevo ni original, y todo puede encontrarse en un buen texto.

Una desventaja importante de mi sistema de estudio era la falta de interacción personal con los profesores. Esto lo remedí participando activamente con profesores. Como casi todos los sabios verdaderos, ellos aceptaban gustosos tanto la participación de los estudiantes capaces en sus seminarios como las discusiones personales de los estudiantes sobre los problemas científicos.

Fue precisamente a través de mi estudio de los libros, de mi labor en los seminarios y de mis discusiones personales con profesores como E. de Roberty, M. M. Kovalevsky y V. M. Bejtereff en el Instituto y con León Petrayutzky, M. I. Rostovtzeff, Iván Pavlov, N. Rosin y otros profesores en la Universidad de San Petersburgo como adquirí la reputación de ser un notable estudiante y un sabio en potencia, por lo que fui electo presidente de sus seminarios e invitado a publicar algunos de mis artículos en revistas científicas y, aún antes de graduarme, logré la posición de ayudante en algunos de sus cursos y de secretario y ayudante de investigación de M. M. Kovalevsky. Finalmente, en el primer año de mi labor como graduado fui designado como conferencista en sociología de los institutos Psico-neurológico y Lesgaft.

Además de estas ventajas, mi sistema de estudio me dejaba más tiempo para ganarme la vida y mayor libertad para mis actividades científicas, culturales y políticas, fuera del plan de estudios.

Después de haberme inscrito en el instituto, tenía que ver cómo ganarme la vida, cosa que hice dando clases y escribiendo algunos artículos para unas cuantas revistas. Mis ingresos eran muy modestos, pero me bastaban para sostenerme a flote. Con N. D. Kondratieff y su hermano menor, renté un cuarto en una vieja casa de departamentos. Otros tres cuartos estaban rentados por otros tres estudiantes, por dos muchachas (también estudiantes del Colegio Femenino) y por una señora miembro del coro de la Compañía de Ópera Popular. La renta era sólo de unos rublos por mes para cada uno de nosotros. Nuestra alimentación común era: té y un bizcocho, completado de vez en cuando con un pedazo de salchicha o queso. La alimentación no nos costaba más de 10 o 12 rublos por mes. En general, un ingreso mensual de 25 a 30 rublos era suficiente para suplir nuestras necesidades básicas. Esta forma de vida no era de ricos; pero nos dejaba vivir y, entre otras cosas, no nos permitía ni engordar ni volvernos flojos. Kondratieff y yo podíamos haber ganado más pero preferíamos emplear la mayor parte de nuestra energía en actividades más agradables y creadoras, y no desperdiciar nuestra vida en ocupaciones en las que podríamos ganar más pero que podrían ser más aburridas y que considerábamos estériles para nuestro desarrollo mental, moral y cultural. Las actitudes sanas de "lo primero es lo primero" y los medios no deben reemplazar nunca a los fines, dieron por resultado: mejoramiento progresivo de nuestros ingresos y condiciones materiales durante los años subsecuentes de nuestra vida universitaria. Al año siguiente, ambos recibimos buenas becas universitarias; después, empleos como profesores e investigadores ayudantes; después conferencias. Todo ello acompañado de crecientes remuneraciones. La modesta forma de vida de nuestro primer año, de ninguna manera nos impidió sentirnos jóvenes llenos de vitalidad y dispuestos a disfrutar de la vida y de su riqueza creadora.

Vivimos una intensa vida intelectual: a través de nuestro estudio concentrado de los problemas y ciencias que nos interesaban; a través de saludables discusiones con nuestros profesores, compañeros y amigos, y a través de la escritura y publicación de nuestros primeros artículos científicos. Satisficimos nuestras demandas morales tratando de no tener demasiados vicios y no pretendiendo tener demasiadas virtudes. Cumplimos nuestros deberes políticos en forma de actividades educativas (consideradas como subversivas) entre los trabajadores de las fábricas, los compa-

ñeros de escuela y otros grupos. Este trabajo, por el que nadie nos pagaba ni un kopeck y que nos exponía al riesgo de ser arrestados, aprisionados y castigados por el gobierno zarista, era considerado por nosotros como importante tarea moral y política de toda persona “con pensamiento crítico, y moralmente responsable” (para usar la expresión popular de P. Lavror, uno de los principales ideólogos del partido Social Revolucionario). Además de leer las obras maestras de la literatura, llenamos nuestras necesidades estéticas asistiendo ocasionalmente a los conciertos sinfónicos, las óperas y los recitales literarios; visitando museos, exposiciones y galerías de arte, tomando parte en diversas reuniones y veladas literario-musicales de los estudiantes; participando en varias asociaciones de poetas, literatos, músicos, pintores y actores; cantando y recitando nuestros propios poemas o historias cortas al final de las reuniones de amigos, en torno de algunos comestibles y bebidas y, finalmente, cortejando a encantadoras compañeras estudiantes. A pesar de nuestra modesta situación material, vivimos una vida llena de significado, vigorosa y feliz, de esfuerzos creadores y llena de esperanza. Es cierto que al lado de sus triunfos y alegrías, había penas y decepciones; pero esto hacia aumentar su profundidad y plenitud.

Entre los principales estudiantes del instituto con quienes hice amistad, hubo varios que, unos años después, se distinguieron, ya como críticos literarios (como V. Polonsky y V. Spiridonov), ya como prominentes escritores y dirigentes comunistas (tales como Kolszoff, Smilga Eliava) o como distinguidos psicólogos y psiquiatras (como G. Zilboorg, a quien entonces llamábamos “el director del cuerpo de ballet”, debido a que se ocupaba de la organización de varias fiestas y bailes con compañeras estudiantes) y muchos otros.

Durante ese mismo año entablé relaciones, particularmente amistosas, con el fundador del instituto, el psicólogo V. Bejterev, psiquiatra internacionalmente conocido, así como con dirigentes internacionales en sociología, filosofía, antropología e historia económica, M. M. Kovalevsky y E. de Roberty, para no mencionar a muchos otros profesores. Estas relaciones amistosas se fortalecieron durante los años subsecuentes y me llevaron a una estrecha cooperación científica con estos distinguidos sabios, cooperación que continuó hasta su muerte.

A pesar de lo bien que iban mis estudios en el instituto, al finalizar el primer año, decidí dejarlo e inscribirme en la Universidad de San Petersburgo. La razón principal de este cambio era mi profunda repugnancia a ser enlistado en las fuerzas armadas del régimen zarista. Los estudiantes de todas las universidades rusas de Estado, quedaban exentos de

servicio militar, en tanto que los estudiantes de las instituciones privadas recientemente establecidas, de enseñanza superior, como el Instituto Psico-Neurológico, no gozaban de este privilegio (especialmente los estudiantes subversivos). Si permanecía en el instituto seguramente tendría que entrar al servicio al año siguiente. Como consideraba el servicio militar obligatorio como la peor forma de servidumbre impuesta a una persona libre por el régimen zarista, y el entrenamiento como una preparación para la matanza en masa, no tenía deseo alguno de ser enlistado en el ejército, ni consideraba que responder positivamente a dicho servicio fuera un deber moral. Tanto mis amigos como mis profesores apoyaron decididamente esta actitud.

Todos me aconsejaron que evitara ser enrolado en el ejército inscribiéndome en la Universidad. Siguiendo mi convicción y el consejo de mis maestros y amigos, a fines de la primavera de 1910 me inscribí en la Universidad. Para mi sorpresa, la Universidad no tardó en informarme que, basándose en mis excelentes calificaciones sobre mi examen a título de suficiencia y las que tenía en el instituto, se me concedía una beca que pagaba no sólo mi colegiatura, sino parte de mis gastos. La Diosa Fortuna continuaba sonriéndome.

Lleno de optimismo y aliento me fui a Ustyug y a Rymia a pasar las vacaciones de verano. Ahí descansé en compañía de mis parientes y amigos; ayudé a mi tía Anyssia con su cosecha e inicié mi investigación, sobre el terreno, referente a las formas de matrimonio y vida familiar del pueblo komi. Visité entonces varias aldeas, para completar ese estudio, aldeas en las que había trabajado anteriormente con mi padre y mi hermano. El panorama familiar de la naturaleza aún sin depravaciones, la amable compañía de mis antiguos amigos, el trabajo agrícola y científico, todo refrescó mi cuerpo y mi mente, fatigados por la tensa vida urbana. El verano pasó feliz y fructíferamente, a fines de agosto, volví a San Petersburgo.

La Universidad de San Petersburgo }

Antes de la Revolución de 1917, no había ni departamento ni curso de sociología en la Universidad. A pesar de este conocimiento oficial de la materia, muchos problemas sociológicos básicos eran discutidos sustancialmente en cursos que trataban de leyes, economía, teoría y filosofía de la historia; de ciencia política, de criminología, de etnografía y otras ciencias. La mayoría de estos cursos se dictaban en las facultades de leyes

y de economía (Iuridichesky fakultet); de ahí que eligiera la facultad jurídica para concentrarme y especializarme. Entre los profesores de esa época (además de M. M. Kovalevsky) estaban: Leon Petrayitsky, posiblemente el mayor especialista en ley y moralidad del siglo xx; M. I. Tugan-Baranovsky, economista de fama internacional, particularmente en el terreno de los ciclos comerciales, en los problemas del socialismo y teoría del valor; N. Rosin y A. Yiyilenko, distinguidos criminólogos y penalistas y N. Pokrovsky y F. Grimm, eminentes profesores de historia y dogmática del derecho romano. Bajo la amistosa dirección de estos sabios (particularmente de M. M. Kovalevsky y de Leon Petrayitsky en el terreno de las leyes y la economía, de E. de Roberty en el instituto, y de M. I. Rostovtzeff y N. O. Lossky en el terreno de las letras clásicas y la filosofía) realicé la mayor parte de mis estudios en la Universidad. Tuve la suerte de contar con esa espléndida constelación de grandes sabios y maestros que posteriormente, fueron mis amigos. Como maestros, verdaderamente eminentes, no exigían una aceptación ciega de sus teorías, que es lo que suelen hacer los sabios mediocres; por el contrario, ellos fomentaban una razonable actitud crítica hacia sus puntos de vista, y aceptaban muy bien las manifestaciones de originalidad creadora por parte de sus alumnos.

La alta estimación en que tenía los contribuciones científicas de mis maestros, mi crítica sobre los puntos débiles de sus teorías, y algunas ideas constructivas que logré expresar en sus seminarios y en las discusiones personales, parece que les impresionaron favorablemente. Esta impresión se reforzó gracias a varios estudios antropológicos, sociológicos, jurídicos y filosóficos que publiqué en varias revistas científicas durante mis años de estudiante y por la publicación de mi primer volumen importante: *Crimen y Castigo, Servicio y Recompensa*, en mi primer año, en 1913. Como resultado de la inmerecida apreciación en que tenían mis habilidades, en los años siguientes, M. M. Kovalevsky me ofreció el puesto de secretario particular y ayudante de investigación; De Roberty me ofreció los puestos de ayudante en sus cursos y de coeditor en la serie "Nuevas Ideas en Sociología", en tanto que Petrayitzky y Bejterev, me invitaron para ser coeditor de las revistas *Nuevas Ideas en Ciencia Legal y Revista de Psicología y Antropología Criminal*.*

* En *American Sociological Forum*, vol. 1, "Pitirim A. Sorokin in Review", Imprenta de la Universidad Duke, 1963, editada por el profesor Philip Allen y dedicada al análisis, evaluación y crítica de mis teorías sociológicas, psicológicas, estéticas, jurídicas y éticas, hecho por distinguidos especialistas americanos, europeos y asiáticos, se encuentra una bibliografía cronológica bastante completa de mis publicaciones cien-

En términos generales, los años que pasé como estudiante en la Universidad, fueron de intenso y provechoso estudio científico y de gran desarrollo. Durante este periodo, adquirí un conocimiento sustancial de la filosofía, la psicología, la ética, la historia y las ciencias naturales, para no mencionar la sociología y las leyes. En estos dos últimos temas, dominé todas las teorías legales importantes (rusas y europeas): la historia de las leyes romanas, occidentales y rusas y los dogmas del derecho constitucional, civil y criminal, a través de un cuidadoso estudio de los códigos legales y de las más importantes obras rusas y occidentales en este terreno. Aún más importante, fue mi estudio de la mayoría de las obras clásicas en sociología, filosofía de la historia y ciencias afines, incluyendo obras occidentales recientes en estos campos, tales como las de Durkheim, Tarde, Simmel, Max Weber, Pareto y Westermarck, para no mencionar más que unas cuantas.

Además de enriquecer mis conocimientos en estas disciplinas, continué la labor de integración de este conocimiento, dentro de un sistema unificado, más o menos consistente, o mundivisión. Filosóficamente, fui formando así, un sistema compuesto por una variedad de neopositivismo empírico o realismo crítico, basado sobre métodos lógicos y empírico-científicos. Sociológicamente, representaba una especie de síntesis de la sociología comtiana y spenceriana, de evolución-progreso, corregida y completada con las teorías de A. Mijailovsky, P. Lavrov, E. de Roberty, L. Petrayitzky, M. Kovalevsky, M. Rostoftzeff, P. Kropotkin —entre los pensadores sociales rusos— y por las teorías de G. Tarde, E. Durkheim, G. Simmel, M. Weber, R. Stammler, K. Marx, V. Pareto y otros sabios sociales occidentales. Políticamente, era una forma de ideología socialista, fundada sobre la ética de la solidaridad, la ayuda mutua y la libertad. En general, era una visión optimista del mundo, bastante similar a la visión dominante entre la mayoría de los pensadores rusos y occidentales de la década precatrostrófica del siglo xx. No preví entonces que esta mundivisión “científica, positivista y progresivamente optimista”, pronto resultaría inadecuada frente a la prueba crucial de los acontecimientos históricos, y que daría lugar a la segunda crisis en mi concepción del mundo y a la segunda revisión básica, similar a la primera crisis y a la reintegración. La segunda crisis estaba oculta en la oscuridad del futuro. Durante estos años de estudiante, yo me sentía satisfecho con esta mundivisión de “un

tíficas, incluyendo artículos muy importantes, publicados durante mis años de estudiante. Una bibliografía semejante se encuentra en E. Tiryakian, *Sociological Theory, Essays in honor of Pitirim A. Sorokin*. Free Press, Glencoe, 1963.

joven becerro que mira a través de anteojos rosados, un mundo color de rosa”, como me pareció en los años posteriores.

Para terminar esta seca crónica de mis actividades académicas como estudiante, puedo mencionar, brevemente, que en 1914 me gradué con diploma de primera clase, en la Universidad de San Petersburgo. Después de graduado, la Universidad me ofreció el puesto de “una persona que se queda en la Universidad para prepararse como profesor” Yo acepté gustoso la oferta, porque satisfacía completamente mi propia elección de actividades docentes y académicas, como principal vocación de mi vida. Un estipendio bastante bueno, garantizado por lo menos durante cuatro años, de preparación para el grado de maestro y profesor, bastaba para cubrir mis gastos y me permitía dedicar todo mi tiempo al trabajo científico. Como la sociología aún no figuraba en la lista de disciplinas aprobadas por la Universidad, tuve que elegir alguna de las materias que se enseñaban ahí. Después de algunas vacilaciones, elegí Derecho Criminal y Penología como temas principales, y Derecho Constitucional como tema secundario. Esta elección determinó cuáles deberían ser las disciplinas a las que debía dedicar la mayor parte de mi tiempo durante los dos años siguientes de mis estudios de postgraduado. Pero, mi concentrado estudio de estas disciplinas no interrumpió en ninguna forma mis trabajos sobre sociología. Durante los dos años siguientes de mi preparación para la enseñanza, dediqué tanto tiempo a la sociología, como a mi campo oficial de especialización. En general, estaba bastante satisfecho con los resultados de mis estudios: no sólo había ganado el diploma de la Universidad y el privilegio “de quedarme en la Universidad para prepararme como profesor”, sino, también, una reputación de joven sabio muy capaz, con grandes esperanzas de convertirme en un sabio notable y en un pensador creador, en los años subsecuentes.

Política

El relato que antecede sobre mis actividades académicas como estudiante, no debe dar la falsa impresión de que mi vida, lo mismo que la de otros muchos estudiantes, estuviera encerrada dentro de los estrechos y tranquilos límites de la enseñanza académica. Las condiciones sociales y políticas en Rusia, durante los años de 1910 a 1914, no permitían dicho encierro. Aunque la revolución de 1905-6 había pasado, sus consecuencias se seguían sintiendo y continuaban su doble tarea de minar los restos del régimen zarista, y de preparar, planear y comenzar a construir el nuevo régimen que había de llegar. Toda la vida cultural, social y política del

país se encontraba en intensa excitación interna, que se manifestaba en la aparición y florecimiento de nuevas corrientes en las artes, en una intensa pulsación del pensamiento filosófico, humanístico y social, y en la proliferación de diversas discusiones y movimientos políticos, tanto legales como ilegales, seguía naturalmente estas corrientes y movimientos, como miembro de diversos grupos y asociaciones; como asistente y participante de muchas discusiones públicas y privadas. Estas actividades me pusieron en contacto con numerosos poetas, escritores, músicos, artistas, filósofos, columnistas notables y con otras celebridades culturales.

Aún más activa fue mi participación en la vida política del país. A través de Kovalevsky —que era miembro influyente del Consejo de Estado—, que correspondía más o menos al Senado estadounidense y dirigentes del partido liberal, y a través de Petrayitzky, que era uno de los dirigentes del partido democrático-constitucional, conocí a muchos funcionarios y estadistas influyentes, miembros de la Duma (Cámara de representantes rusa) y a otros dirigentes de los partidos conservadores y progresistas. Kovalevsky, Petrayitzky, De Roberty y otros profesores, conocían mi afiliación con el partido social-revolucionario y mis actividades subversivas anteriores y de aquel entonces, pero esto de ninguna manera afectó nuestras buenas relaciones; más bien, aprobaban mis puntos de vista políticos, y los consideraban muy naturales en un joven como yo. Kovalevsky, frecuentemente me presentaba, medio en broma, a los dirigentes políticos, como “un joven Juan Jacobo Rousseau”, en tanto que Petrayitzky, De Roberty y otros, comentaban favorablemente el amplio carácter idealista-realista de mi ideología política, que estaba libre de un estrecho fanatismo y de intolerancia.

Mis relaciones con los dirigentes políticos e ideológicos y con los miembros del partido social revolucionario, y otros partidos socialistas se hicieron más íntimas. Mis conferencias subversivas, mis discusiones políticas, mi trabajo social entre los obreros, estudiantes y otros grupos de *intelligentsia*, mis artículos políticos (que comencé a publicar en revistas selectas y populares, partidarias de la ideología social revolucionaria), mi labor como organizador de las células y grupos social revolucionarios, y otras actividades semejantes, pronto me granjearon la reputación de un notable ideólogo y de un joven dirigente de la corriente de pensamiento social revolucionario. Estas actividades naturalmente desarrollaron mi contacto y cooperación con los dirigentes del partido en la Duma (Kerensky y otros) y con otras instituciones nacionales (como editores de revistas simpatizadoras del partido, como *Russkoye*

Bogatstvo y *Zavety* y con revistas semanarias y diarias, legales e ilegales, para no mencionar mi cooperación con multitud de miembros ordinarios y simpatizadores del partido.

Estas actividades políticas, junto con la participación en los mismos seminarios y en los trabajos científicos en la Universidad, fueron causa de que estableciera una relación amistosa de cooperación con los dirigentes de los partidos social-democráticos (bolshevique y menshevique), socialista-popular y otros. En esa época, todos los partidos se unían para trabajar contra el régimen zarista, como un solo frente revolucionario que luchaba contra un enemigo común. Esto no impedía que hubiera muchas discusiones acaloradas sobre las diferencias teóricobásicas entre las ideologías social-revolucionaria y social-democrática. Pero, estas discusiones (con excepción de unas cuantas disputas públicas), tenían lugar en nuestros cuartos, en medio de una atmósfera informal y amistosa, mientras estábamos reunidos en torno de la comida y la bebida. No obstante su carácter informal, en estas discusiones ahondábamos más y aprendíamos más, aparte de que agudizábamos nuestros argumentos en pro y en contra de manera más útil que en muchas disputas públicas, entre diversos dirigentes o en las conferencias. A través de la participación en los seminarios de Petrayitzky, Kovalevsky y Tugan-Baranovsky, del trabajo revolucionario compartido y también de muchas de esas discusiones acaloradas, pero informales, fue como se desarrolló una amistad entre nosotros los estudiantes y varios compañeros social democráticos, como Piatakov, Karaján y otros, que después se convirtieron en dirigentes comunistas y en miembros del primer Consejo Comunista de Comisarios del Pueblo, encabezado por Lenin (Karaján fue secretario de Asuntos exteriores; Piatakov, Secretario de Industria y Comercio, etcétera).

No podíamos prever entonces que, unos cuantos años más tarde, lucharíamos en campos opuestos durante la guerra civil, y yo no sospechaba que estas amistades y mi labor subversiva entre los obreros, me servirían algún día para salvarme de ser fusilado por un escuadrón comunista.

Ese episodio me ha recordado, con frecuencia, la sabiduría del proverbio bíblico que habla del pan arrojado a las aguas. Pocas veces conocemos las consecuencias de nuestras acciones; pero, en general, las buenas acciones producen buenas consecuencias, en tanto que las malas, tienden a producir resultados desastrosos. Quizás exista alguna ley sobre la preservación de la energía de las acciones humanas, semejante a la ley física de la preservación de la energía y la materia, dentro del

mundo humano; posiblemente ninguna de nuestras acciones se desvanezca completamente, y todas nuestras actividades continúen funcionando en sus consecuencias a largo y a corto plazo.

Nuevos arrestos

Mis actividades políticas atraían cada vez más la atención no sólo de los diversos grupos antizaristas, sino, también, de la policía y de los agentes secretos. Su vigilancia sobre mi conducta política pronto me ocasionó dificultades. Ya durante mi primer año en la Universidad, la policía había invadido una reunión puramente amistosa celebrada en mi cuarto; nos registraron y nos llevaron a todos a la estación de policía. Como estábamos muy alegres (en parte por el *vodka* que habíamos consumido) y como no teníamos ningún respeto por los agentes del decadente orden zarista, nos negamos a contestar el interrogatorio. En lugar de eso, cubrimos a la policía de insultos y comenzamos a cantar y a bailar tan escandalosamente que al poco rato, el jefe de la policía nos gritó: “Lárguense de aquí inmediatamente”, cosa que hicimos con gusto, atronando las calles con nuestros cantos.

Esta forma de tratar a los delincuentes políticos, por parte de los agentes de policía, es inconcebible en los regímenes decadentes, que han sobrevivido a su propia utilidad. Sus valores decrépitos no pueden inspirar confianza a sus agentes, ni respeto ni la convicción de la rectitud de sus deberes oficiales y de las órdenes burocráticas que reciben. La desintegración de un orden político en agonía, frecuentemente, desmoraliza a sus agentes del orden. Frente a los entusiastas prosélitos de un nuevo orden naciente, se muestran vacilantes, confusos y, frecuentemente, dejan de cumplir sus funciones oficiales. Ya hice notar este tipo de fracaso por parte de los guardias de la prisión de Kineshma y pude observarlo frecuentemente durante mis encuentros con los agentes zaristas. Una desmoralización semejante se ha presentado en casi todos los regímenes decadentes, en vísperas de su liquidación por la reforma o la revolución. (Comenzando por la revolución más antigua que se recuerda, en el antiguo Egipto, hacia los años 3000 a 2500 a. C., y terminando con las recientes revoluciones o reconstrucciones de los regímenes defectuosos de Cuba, Corea del Sur, Vietnam del Sur, Japón y de algunos países latinoamericanos.) Lo mismo que en Rusia, los movimientos antigubernistas en estos países han ido precedidos de manifestaciones estudiantiles, de choques con policía del régimen decadente, y —lo mismo que en Rusia— estas fuerzas frecuentemente no

podieron oponerse a las vigorosas manifestaciones estudiantiles y a las actividades antigubernistas. El episodio del arresto y liberación de nuestro grupo es, pues, típico de los regímenes políticos agónicos y de sus fuerzas de policía.

Durante estos años, los arrestos y las liberaciones de este tipo, tanto para mí como para otros estudiantes revolucionarios, ocurrieron con tanta frecuencia, que llegamos a considerarlos como una molestia acostumbrada, y llegamos a verlos sin ansiedad particular.

Además de estas molestias, a veces se aplicaban arrestos más largos, destierros y otras medidas punitivas a los revolucionarios jóvenes y viejos. En mi primer año de universidad, se presentó para mí una amenaza inminente de este tipo de castigo. Esta amenaza surgió con relación a las manifestaciones estudiantiles habidas en toda la nación, contra el gobierno zarista, ocasionadas por la muerte de Leon Tolstoy el 20 de noviembre de 1910. En la sobrecargada atmósfera política de Rusia, la separación de Tolstoy de su familia y de su hacienda, antes de su muerte, y su muerte misma, fueron como una chispa para la explosión de grandes desórdenes antizaristas entre los estudiantes de la universidad y de las altas instituciones de enseñanza. Estos desórdenes continuaron por varias semanas e interrumpieron la vida académica de muchas de esas instituciones. El gobierno zarista trató de sofocar los desórdenes con duras medidas (arrestos en masa, encarcelamientos, destierro), especialmente para los dirigentes de estos movimientos subversivos. Como yo era uno de esos dirigentes, esperaba —naturalmente— que me aprehendieran, si me dejaba coger y como no tenía deseos de ir nuevamente a la cárcel, tomé las medidas necesarias para evitar este peligro, pasando la noche en los cuartos de mis amigos y yendo solamente a ratos a mi cuarto, cuando las señales convenidas me indicaban que no estaba vigilado por la policía ni había peligro de que me atraparan.

En enero de 1911, los gendarmes (“arcángeles”) llegaron a aprehenderme. Como no me encontraron, registraron cuidadosamente mi cuarto, y como no hallaron pruebas de culpabilidad (que yo había destruido), se fueron para arrestar a otros dirigentes subversivos. Informado de su visita, redoblé —ayudado por mis amigos— mis medidas de precaución. Durante una semana o más pude eludir a los “arcángeles” y a los “faraones” que intensificaron su cacería y estorbaron, cada vez más, mi participación activa en los desórdenes. No sé si habrían acabado por arrestarme, si me hubiera quedado en San Petersburgo, pero un acontecimiento imprevisto, me salvó de ello. Uno de mis amigos,

un ingeniero, enfermó gravemente pues se encontraba en un estado avanzado de tuberculosis. Entre otras medidas, los médicos prescribieron un viaje a la Riviera italiana, acompañado por una enfermera o un amigo que lo ayudara durante el viaje. Al buscar compañero, el ingeniero y otros amigos, me sugirieron que aceptara este puesto. Mi amigo enfermo me dijo que mi compañía le sería más agradable que la de una persona desconocida, y que podría salvarme del inminente arresto, al mismo tiempo que lo ayudaba. Al principio me opuse al plan, alegando que no sabía cuidar un enfermo; pero los amigos, los médicos y el propio enfermo, me aseguraron que, provisto de las medicinas necesarias y con las instrucciones adecuadas sobre su uso, la dieta y otras condiciones, podría servir al enfermo tan bien como una enfermera. Una vez que acepté la oferta, mis amigos procedieron a obtener un pasaporte falso, un uniforme de estudiante oficial de la Academia Médico-Militar (*Voienno Medizinskaia Akademia*) y todos los demás certificados y papeles necesarios para pasar por un personaje distinto. Hasta me enseñaron a saludar militarmente y a manejar la espada, así como todas las maneras que eran de esperarse en un estudiante de la Academia. El plan no falló. En todo el viaje no se despertó sospecha alguna: ni siquiera en las aduanas donde se examinaron nuestro equipaje y nuestros pasaportes: en las fronteras de Rusia, Suiza, Austria e Italia. Después de unos cuantos días de viaje a San Remo; ahí mi amigo entró a un sanatorio prescrito por sus médicos, en tanto que yo permanecí en uno de los hoteles locales durante unas dos semanas.

De esta manera imprevista, visité —por primera vez— la Europa occidental y tuve mi primera impresión de los países “altamente civilizados” (como los consideraba entonces). En general, estas impresiones fueron favorables. Las granjas, el campo y las ciudades me parecieron bastante atractivas, prósperas y bien ordenadas; el nivel de vida era muy superior, y la gente tenía aspecto más digno, libre y satisfecho que en Rusia. La soleada Riviera, el Mediterráneo, las montañas, las ciudades turísticas, todo, me pareció hermoso, delicioso. Los rusos y los no rusos a quienes encontré en el hotel eran amables, y me ayudaban en diversas formas, particularmente llevándome a conocer Niza y Monte Carlo donde, siguiendo su sugestión, hasta jugué en el Casino, durante unos cuantos minutos y gané algunos cientos de francos. Después de dos semanas de agradables vacaciones, dije adiós a mi amigo enfermo y regresé a Rusia. Me detuve a pasar la noche en Viena y, entre otras cosas, compré ahí la obra de G. Simmel (reciente-

mente publicada), *Soziologie*. Llegué a San Petersburgo con bien y reanudé mi vida normal.

El clímax de los desórdenes estudiantiles ya había pasado. Con esto, la búsqueda por la policía de subversivos y revolucionarios había cesado. La vida académica reanudó su curso normal: sólo unos cuantos estudiantes tercicos seguían fieles a su pretensión de no reanudar sus actividades académicas ni de examinarse, hasta que se consiguiera el mínimo necesario de libertad académica para las universidades e instituciones superiores. Yo me encontraba entre estos subversivos tercicos. Continué mis estudios y, al finalizar el año académico, estaba bien preparado para mis exámenes, pero —como signo de protesta en contra del régimen zarista y en contra de la supresión de la libertad académica— no me examiné al fin del año. Esta terquedad me costó mi beca para el año siguiente; independientemente de sus deseos, las autoridades universitarias tuvieron que quitarme la beca por no haberme examinado. Acepté este castigo como un pequeño precio pagado por conservar el respeto de mí mismo. Posteriormente volví a conseguir la beca para los años siguientes.

Mi último encarcelamiento por el régimen zarista fue en 1913, año en que la dinastía Romanov cumplió trescientos años de reinar en Rusia. Por sugestión de mi partido, acepté escribir un folleto crítico sobre los crímenes, errores y malos manejos de esta dinastía en Rusia. Desgraciadamente, uno de los miembros del grupo, que conocía este plan era un agente provocador de la policía secreta zarista, llamada Ojranka. (En esa época los partidos social-demócrata y social-revolucionario estaban infiltrados por agentes de la Ojranka. Algunos de estos espías hasta llegaron a convertirse en dirigentes importantes de los partidos como Aseff, en el partido Social Revolucionario y Chernomasoff, amigo íntimo de Lenin y editor en jefe de *Pravda*, en el partido social-demócrata.) Este agente-provocador informó rápidamente a la Ojranka sobre el folleto y su autor. Cuando regresaba a mi casa una noche de marzo de 1913, encontré a los “arcángeles” esperándome. Me arrestaron y me llevaron al moderno reformatorio (*Predvarilka*) que ya conocía yo por haber visitado ahí a varios profesores, estudiantes y revolucionarios que estaban presos en él, pues como he dicho los arrestos cortos y encarcelamientos de estudiantes y sabios eran bastante frecuentes en esos años. Me pusieron en una celda limpia y bastante cómoda (hasta donde pueden ser cómodas las celdas). Después del interrogatorio de rutina, me instalé para vivir y trabajar ahí lo mejor que pudiera. De la biblioteca bastante buena del reformatorio, tomé varios libros (entre otros, *La vida en el Mississippi*, de Mark Twain) que no había leído antes. Gusté mucho de este libro de mi autor

americano favorito. No pensé que en el futuro iría yo a vivir a las orillas de este río (en Minneapolis) y que habría de verlo desde sus principios en el Parque Itasca, Minnesota, hasta su final en Louisiana. Pero raras veces prevemos muchas consecuencias importantes de nuestras acciones y muchos de los acontecimientos que suceden en nuestra vida.

Las autoridades zaristas me tuvieron en el reformatorio durante cerca de tres semanas. Como no tenían pruebas de que yo hubiera escrito el folleto, y como se ejerció sobre ellas la presión de M. Kovalevsky y de otros estadistas influyentes (como los miembros de la Duma y del Consejo de Estado o *Gosudar venny Soviet*), se vieron obligados a liberarme.

Este fue mi último encarcelamiento por el régimen zarista. Siempre que fui encarcelado, se me trató con bastante decencia y humanidad, algo que no puedo decir de los métodos penales comunistas, que tuve que experimentar unos cuantos días después. Estos métodos eran crueles, inhumanos y mortales, no sólo para el prisionero, sino para su parientes, amigos y grupos a los que pertenecía. Las prisiones zaristas pueden ser consideradas como un purgatorio, en comparación con el infierno de las prisiones y campos comunistas.

Afortunadamente, en 1913, el infierno de las cárceles comunistas, aún estaba oculto en las brumas del futuro. Cuando salí del reformatorio, me sentí feliz por haber recuperado la libertad. Dichoso y lleno de energía, reanudé mis actividades normales desde el día siguiente.

En general, mi vida y la vida de mis amigos, durante estos años, estuvo llena de acontecimientos, llena de excitación y plena de significado. No hubo aburrimiento, ni sentimiento de vacío, ni un flotar sin rumbo fijo, ni temor a los vientos adversos que la desviarán seriamente. Fue una vida rica durante la que pude afirmar: *per aspera ad astra*.

Preparación para el profesorado: 1914-1916

*Requisitos para el grado de maestro **

La "preparación para el profesorado", en las universidades rusas, corresponde remotamente a los estudios de graduados y postgraduados en las universidades estadounidenses. No obstante, las semejanzas entre estos dos tipos de preparación superior, apenas si sobrepasan a sus diferencias. Los jóvenes sabios "a quienes se dejaba para que se prepararan en el

* Los requisitos para recibir el grado de maestro en las universidades rusas eran notablemente superiores a los que se exige para el doctorado en las universidades estadounidenses o alemanas.

profesorado” no necesitaban tomar cursos, asistir a conferencias o seminarios, someterse a exámenes o presentar artículos, hasta que se presentaban al examen oral para recibir el grado de maestro. Por lo menos el 99 por ciento de los candidatos para el profesorado tenían que presentar exámenes orales para obtener el grado y, después de que sus tesis habían sido aceptadas para la defensa por un comité especial de eminentes profesores especialistas de varias universidades, presentar y defender dichas tesis, sólo en el caso —muy raro— de que sabios ya eminentes solicitaran el grado de maestro, se les concedía en cambio, el grado de doctor, basándose en sus notables éxitos y en la gran importancia de sus disertaciones. Este fue el caso del gran filósofo ruso Vladimir Solovoyev, del eminente estadístico y metodólogo A. A. Chuprov, y del notable historiador economista Peter B. Struve. Aparte de estas excepciones muy raras, todos los candidatos al profesorado tenían que cubrir con éxito los requisitos mencionados para obtener el grado de maestro.

Obtenido este grado, el maestro podía unirse, como conferencista, a cualquier universidad que eligiera y podía impartir cursos de conferencias o seminarios en su materia, sin excluir los cursos paralelos y compitiendo con los cursos de la misma materia ofrecidos por los profesores “completos” u ordinarios. El salario de los conferencistas era más bajo que el de los profesores completos; pero, cuando un conferencista era un sabio notable y un conferencista popular, tenía frecuentemente más alumnos inscritos en su clase y, consecuentemente, tenía también mayores ingresos, a causa de las cuotas de los estudiantes, que un profesor completo, menos eminente. Así sucedía con el profesor M. Tugan Baranovsky, que era sólo conferencista, y con el profesor Georgievsky, en la Universidad de San Petersburgo. Ambos ofrecían cursos paralelos en economía política, pero el número de alumnos inscritos en el curso de Tugan Baranovsky, era mucho mayor que el de los alumnos de Georgievsky y sus respectivos ingresos por el curso, variaban consecuentemente. A veces, un profesor privado o un conferencista talentoso, era ascendido a la categoría de profesor extraordinario u ordinario. Generalmente, una competencia honesta en la creación científica desempeñaba un papel más importante en las universidades rusas que en nuestras instituciones superiores estadounidenses.

Debido a que eran mucho mayores las exigencias para obtener el grado de maestro en las universidades rusas que el de doctor en nuestras universidades, la mayoría de los profesores rusos tenía solamente el grado de maestro. El grado de doctor solamente era concedido a los profesores más notables, cuyas disertaciones tuvieran mayor importancia científica que las tesis comunes para lograr el grado de maestro. Las disertaciones para

los grados de maestro y de doctor se presentaban en forma de uno o varios volúmenes impresos. Para el grado de doctor no se necesitaba examen oral.

Después de haber sido designado para “prepararme para el profesorado” el profesor de derecho criminal, N. Rosin, me dio una lista de cerca de quinientos títulos de obras rusas y volúmenes extranjeros en el campo del derecho criminal; el profesor A. Jililenko me dio una lista de unos 250 títulos sobre procedimientos penales y el profesor N. Lazarevsky agregó una lista de unos 150 títulos sobre derecho constitucional.

Algunos de estos últimos títulos, como la obra alemana *Vergleichende Darstellung* de derecho y procedimientos penales (preparada por notables profesores alemanes para el nuevo proyecto de código penal en Alemania), constaba de cerca de cien grandes volúmenes. Cuando me dieron las listas, los profesores me dijeron: “Tiene que demostrar un buen conocimiento de estas obras para pasar con éxito el examen oral para el grado de maestro. No nos interesa cómo las aprenda; pero, debe aprenderlas. Si de tiempo en tiempo desea tener conferencias con nosotros o con otros profesores, tendremos mucho gusto en atenderlo.” Estas listas y las breves instrucciones con que las acompañaron, constituían todos los requisitos para el examen oral para el grado de maestro.

Antes de la primera guerra, la preparación para estos exámenes orales ordinariamente tomaba cuatro años o más. Durante este periodo los candidatos generalmente iban al extranjero durante uno o más años, para trabajar con eminentes sabios extranjeros en estos terrenos. Pero mi preparación tuvo lugar durante los años de la primera guerra, periodo durante el cual los viajes al extranjero y el trabajo con sabios de fuera era imposible. Por esta razón tuve que realizar mis estudios de preparación en Rusia, sin el beneficio de las consultas personales y la dirección de los sabios extranjeros. Sin embargo, algunas de sus obras de esta época, pudieron llegar hasta las bibliotecas de nuestras universidades. Por ejemplo, desde diciembre de 1916, logré conseguir la obra de Pareto, *Tratatto di sociologia generale*, que acababa de publicarse en Italia.

Los otros candidatos para el grado de maestro, se encontraban en una situación semejante durante los años de la guerra. Pero, a pesar de este aislamiento de la ciencia y las universidades occidentales durante la época de la guerra, y del aislamiento aún mayor durante el primer periodo de la revolución comunista, de nuestro grupo de candidatos surgieron varios sabios de renombre internacional. Entre ellos, se encuentran el doctor George Gurvitch, ahora sucesor de la cátedra de Durkheim en la Sorbona, N. S. Timasheff, un distinguido sociólogo de Harvard y de Fordham y

Max Laserson, profesor de derecho constitucional en las universidades de Riga Latvia y Tel Aviv, investigador de la Fundación Carnegie, pro-Paz, como los ya mencionados profesores N. Kondratieff y T. Rainoy.

También en nuestro grupo surgieron varios dirigentes políticos: el doctor Rip, primer ministro de Latvia; los más altos funcionarios de Estonia y los dirigentes comunistas, Pitakov, Karajan y otros.

A pesar de los enormes obstáculos, muchos de los candidatos de nuestro grupo (que apenas era de unos veinte miembros) lograron vencer las dificultades inherentes a estos tiempos y convertirse en sabios conocidos internacionalmente o en dirigentes políticos. Esto parece indicar que la selección hecha entre los estudiantes para los candidatos a futuros profesores o dirigentes de la universidad había sido muy cuidadosa y adecuada. También es posible que signifique que la libertad concedida a los candidatos para la preparación de su grado, probablemente haya sido un método mucho mejor que nuestro sistema obligatorio de enseñanza de postgraduados, con sus numerosas exigencias sobre cursos y otras cosas, apropiadas, para los no graduados. Si la utilidad de esta educación reglamentada es dudosa aún para los estudiantes no graduados, me parece que en el caso de los graduados es totalmente venenosa para el desarrollo de la facultad creadora y de la originalidad potencial.

Mientras más pronto sea abolido en las universidades estadounidenses este sistema de preparación —indebido— para los graduados, será mejor para los estudiantes con talento, para las universidades y para la nación en general.

Libre de preocupaciones financieras gracias a una beca decente que me fue concedida junto con mi designación, durante los años de 1914 a 1916, pude dedicar todo mi tiempo a la preparación de los exámenes para maestro, lo mismo que a mis investigaciones sociológicas. Con vigor juvenil me dediqué seriamente a estas tareas y, en un tiempo *record* de dos años (en lugar de los cuatro o más años que se necesitaban generalmente), pude pasar los exámenes orales en los meses de octubre y noviembre de 1916. Quizá deba subrayar nuevamente, que estos exámenes eran mucho más rigurosos que los exámenes orales requeridos en los Estados Unidos de América para el grado de doctor. Primero, el examen duraba cuatro días (uno para derecho penal, uno para procedimientos penales, uno para derecho constitucional y, finalmente, uno para escribir un ensayo sustancial sobre cualquier tópico señalado por los sinodales). Cada uno de estos exámenes duraba de tres a cinco horas. El jurado estaba compuesto no solamente por miembros del comité especial designado para este propósito, sino por la mayoría de los profesores de la

Facultad Jurídica (que correspondía más o menos a nuestra Escuela de Leyes, además de los departamentos de Ciencia Económica y Política). El alcance de las preguntas presentadas por este conjunto, relativamente vinculadas con los terrenos afines, era, frecuentemente, más sorprendente y, por tanto, más difícil que el de las que plantean los tres o cuatro miembros que componen el cuerpo examinador para el grado de doctor en nuestras universidades.

Después de pasar estos exámenes, logré alcanzar el grado de maestro en derecho penal y tuve derecho a convertirme en *Privat docent* en la Universidad de San Petersburgo, para recibir el grado de maestro en derecho penal tuve que presentar una disertación, que me fuera aprobada por el comité de la Universidad y, después, defenderla con éxito en una discusión muy rigurosa, con todos los oponentes oficiales designados por la Universidad, los oponentes no oficiales y los miembros del público que quisieran participar. El día en que se defendía la tesis de maestro o doctor era “día feriado” en la vida universitaria, mucho más importante que el día “del regreso al hogar” o que el “día del gran juego de football” en la vida de nuestras universidades. La fecha de la discusión se anunciaba por anticipado en las publicaciones de la Universidad y en todos los periódicos importantes. Uno de los auditorios más grandes de la universidad quedaba expresamente reservado para esta discusión. Bajo la presidencia del rector o del subrector de la universidad, se realizaba la defensa de la tesis en presencia de todos los profesores de la Facultad de Derecho (o de cualquiera otra división importante de la Universidad), de todos los profesores que desearan asistir y de muchos especialistas ajenos a la universidad, de una multitud de estudiantes y de numeroso público interesado.

En presencia de este numeroso público se abría la discusión dando lectura al *curriculum vitae* y a una lista de las principales publicaciones y méritos del profesor de la disertación. Después, cada uno de los oponentes oficiales presentaba sus críticas, subrayando todos los puntos débiles o dudosos de la tesis. Cada una de las críticas tenía que ser contestada punto por punto por el autor de la tesis. Los ataques de los oponentes oficiales eran seguidos por las críticas de los no oficiales, miembros de la facultad que querían tomar parte en la discusión, después, por los comentarios críticos de los expertos de fuera y, finalmente, por los de cualquier persona del público o de los estudiantes asistentes.

Cada una de estas críticas tenía que ser contestada inmediatamente por el sustentante. Toda la discusión duraba generalmente de cinco a siete horas.

Cuando terminaba, todos los miembros de la facultad que habían asistido a ella, depositaban votos secretos en pro o en contra, para conceder al estudiante el grado de maestro o de doctor. El asunto se decidía por mayoría de votos.

El intercambio de estas críticas y discusiones constituía uno de los espectáculos más interesantes y estimulantes que he presenciado. En este debate científico, los participantes en la discusión desplegaban, de manera impresionante, sus más profundos conocimientos, su lógica brillante, su humorismo y su chispeante originalidad. Era una batalla magnífica de mentes maduras y competentes que chocaban en su búsqueda común de la verdad y del conocimiento verificable. Era una brillante exhibición de explosiones intelectuales y una verdadera fiesta educativa, tanto para los participantes, como para el público en general. No es, pues, de extrañar que estas discusiones fueran ampliamente difundidas por la prensa y sirvieran de tópico para acaloradas discusiones, tanto en la universidad como en los círculos intelectuales de la nación, durante días y semanas. No puedo menos que lamentar el que nuestras universidades no tengan este tipo de discusiones en los días de "carta roja", en vez de los grandes días del fútbol o beisbol, desprovistos por completo de estímulo mental, inspiración o actividad intelectual. Sobre este punto, lo mismo que sobre los reglamentos para conceder grados científicos avanzados, principalmente a los financieros influyentes y a los políticos, ajenos a toda contribución a la ciencia, la filosofía o las bellas artes, hay que decir que nuestras universidades se han desviado notablemente de su verdadera tarea e inadvertidamente han degradado el valor de los grados científicos, lo mismo que el del prestigio científico de las universidades y de la enseñanza en general.

Después de haber recibido el grado de *Magistrant* en derecho criminal pensé en presentar mi copioso volumen *Crimen y castigo, servicio y recompensa*, publicado en 1913, como tesis para obtener el grado de maestro en derecho criminal. Las reacciones preliminares de los profesores de derecho criminal en la Universidad de San Petersburgo, lo mismo que las de otras universidades, fueron —en su mayoría— favorables para la aceptación del volumen como tesis para el grado de maestro. De hecho, el comité de dichos profesores designó provisionalmente un día de marzo de 1917 para la discusión pública de esta tesis. Sin embargo, no se llevó a cabo así debido a los violentos desórdenes que ocurrieron en enero y febrero de 1917 y, después por la iniciación de la Revolución Rusa en marzo de 1917. Los desórdenes preliminares y el estallido de la revolución, trastornaron por completo la vida universitaria, incluyendo todos los proce-

dimientos para conceder grados científicos avanzados. La revolución comunista, en octubre de 1917, y la guerra civil que la siguió, prolongaron la suspensión de casi todas las funciones de la Universidad, durante 1917 y 1918. En este año, el gobierno comunista decretó la abolición completa de todos los grados científicos en todas las instituciones de enseñanza superior. Estas circunstancias explican el que mi plan para mi recepción magisterial fracasara y por qué tuve que esperar hasta el 22 de abril de 1922 para defender dos volúmenes de mi obra, *Sistema de sociología* (publicada en 1920), que presenté como disertación para obtener el grado de doctor en sociología.

Defensa pública de mi disertación

En una forma anormal y precaria, las universidades comenzaron gradualmente a revivir en los años de 1919-21. Al reanudar sus funciones, los antiguos miembros de la facultad (es decir, los sabios prerrevolucionarios, en contraste con los profesores “rojos y comunistas”, designados por el gobierno comunista) lograron, lentamente, si no en forma legal, por lo menos en forma práctica, restaurar los grados científicos superiores, con requisitos y procedimientos, semejantes a los del periodo prerrevolucionario. Sin embargo, estos nuevos requisitos eran un poco menos rigurosos que los antiguos; las facultades de las universidades conocían bien, a través de su propia experiencia, la casi imposibilidad, física y mental, de llevar a cabo un trabajo científico serio, bajo condiciones de aguda falta de alimentos, de insatisfacción de necesidades básicas, de diversas epidemias, y de esa “abominación que es la desolación” de la guerra civil: en una atmosfera de persecución continua de los sabios no comunistas, y en un clima de tremendo terror gubernativo y de completa inseguridad para los estudiosos. Durante estos años, sólo una pequeña parte de los sabios estudiosos no comunistas pudieron realizar alguna labor de importancia. La mayoría se ocupaba, principalmente, de rutinarias actividades de enseñanza. En estas circunstancias, resulta muy comprensible que se hubieran suavizado los requisitos para obtener grados científicos superiores. Otro elemento de los nuevos requisitos era que, en vista de que el gobierno había abolido los grados científicos, al terminar la defensa pública de la disertación, la facultad no podía votar en pro o en contra de que se concediera el grado al sustentante, sino que votaba en el sentido de que la disertación había sido defendida con éxito o sin él. Este veredicto no violaba, formalmente, la abolición gubernamental del grado,

pero, de hecho, significaba un veredicto que concedía o no el grado científico al sustentante.

A pesar de las adversas condiciones de mi vida personal durante los años de 1918-20 (descritas en capítulos subsecuentes), logré escribir, a partir de dos textos elementales: *Teoría general del derecho* y *Texto popular de sociología*, dos volúmenes sustanciales de mi *Sistema de sociología*. No sólo logré escribir estos volúmenes, sino lo que era más difícil, conseguir publicarlos, aunque ilegalmente. El hecho extraordinario de la publicación ilegal, especialmente del *Sistema de sociología* (cuando ni siquiera una simple tarjeta de visita o cartel que dijera "salida" podía imprimirse sin la aprobación de los censores comunistas), pudo lograrse gracias a los heroicos esfuerzos de mis amigos F. I. Sedenko-Vitiazeff, editor de la firma Kolos y de los obreros e impresores de dos imprentas nacionalizadas en San Petersburgo (La Segunda y la Décima Casas de Imprenta del Estado).

Por su simpatía con mis ideas políticas y sociales y por sus ligas de amistad personal, imprimieron secretamente los libros (360 páginas del volumen I y 460 páginas del volumen II), falsificaron el permiso de la censura comunista, pusieron las letras necesarias R. V. C. (Permitido por la censura comunista), en las primeras páginas de los volúmenes y, después, publicaron diez mil ejemplares de cada volumen y vendieron y distribuyeron toda la edición en el cortísimo periodo de dos o tres semanas. Cuando el gobierno comunista se enteró de esta publicación, ordenó que todos los ejemplares fueran confiscados, pero sus agentes, apenas si encontraron un volumen que confiscar o destruir. Desde luego que la policía comunista trató de arrestarnos a mí y a Sedenko pero, como ya lo esperábamos, nos escondimos y permanecemos ocultos hasta que pudimos salir con seguridad. (Durante estos días los agentes comunistas tenían que arrestar a tanta gente que no podían gastar demasiado tiempo o energía buscando a un solo individuo. Si no podían hallarlo en unos cuantos días, pronto tenían que abandonar la búsqueda para ocuparse de otra de sus muchas víctimas.)

Al restaurarse los grados científicos superiores y sus requisitos, a finales de 1921, los decanos y los miembros de la Facultad de San Petersburgo me insistieron para que presentara dos volúmenes de mi *Sistema de sociología* como disertación para obtener el grado de doctor en sociología. (La sociología había sido introducida al plan de estudios de la Universidad, bajo el régimen de Kerensky, en 1917 y en los años de 1919-22 se extendió hasta formar por sí sola, un departamento del que fui electo presidente.) Después de algunas vacilaciones,

seguí esta sugerencia y presenté mis dos volúmenes a la Facultad de Derecho. El comité especial de la Universidad aprobó la obra, y fijó la fecha del 22 de abril de 1922 para su discusión pública.

Por una afortunada casualidad, guardé el editorial titulado: "La Discusión del profesor P. A. Sorokin", publicado en *Ekonomist*, números 4-5 de 1922. En este artículo, se hace una relación detallada de la defensa pública de mi disertación. Dice que la discusión fue presidida por el presidente de la facultad, un distinguido profesor de historia medieval, I. M. Grevs, y que tuvo lugar en el gran auditorio de física, completamente lleno de miembros de la facultad, estudiantes, estudiosos de afuera, periodistas y público interesado. Según este editorial, al principiar la memorable sesión, el secretario de la facultad leyó el *curriculum vitae* de Sorokin y una lista de sus publicaciones. A esto siguió el discurso de introducción del sustentante, en el que resumió los principios básicos, las uniformidades, métodos y propósitos de sus volúmenes. Después, se abrió la discusión, con una evaluación general de la obra de Sorokin, seguida de críticas detalladas de sus puntos débiles y ambiguos, a cargo de los "oponentes oficiales" de la universidad (que fueron un notable profesor de sociología, K. M. Tajtareff, un distinguido profesor de historia y sociología, N. Kareff y un eminente profesor de filosofía, I. I. Lapshin). Los oponentes oficiales aclamaron unánimemente al *Sistema de sociología* como una notable contribución a esta ciencia y, después presentaron, punto por punto, sus críticas sobre sus deficiencias. Cada una de estas críticas fue contestada vigorosamente por el sustentante. Después del largo debate con los oponentes oficiales, otros varios estudiosos tomaron parte en la discusión: el ex vicepresidente de la primera Duma, profesor N. Gredeskul, el presidente del departamento de economía, S. I. Tjoriejvsky y otros.

Todo el debate duró cerca de seis horas y terminó con la votación secreta de la facultad. El artículo del *Ekonomist* termina con esta afirmación: "En vista de que los grados científicos superiores han sido abolidos en el presente, la discusión se cerró con el anuncio oficial, hecho por el profesor presidente Gevs, de que la facultad votaba unánimemente aprobado el *Sistema de sociología*, ya que llena totalmente los requisitos para los que fue escrito, y que la defensa del profesor Sorokin fue considerada unánimemente como muy satisfactoria. Un amplio público premió este veredicto, y al sustentante, con un estruendosa ovación."

Esa noche me sentía cansado pero feliz de que la prueba hubiera terminado. Los hechos subsecuentes revelaron que la fecha para mi

discusión pública había sido bien elegida; si se hubiera pospuesto unos cuantos meses, nunca podría haberse llevado a cabo, porque al poco tiempo el gobierno comunista renovó sus esfuerzos para arrestarme y en septiembre de 1922 desaparecí de Rusia, a la que no he vuelto hasta ahora. Han pasado unos 44 años desde que se publicó mi *Sistema de sociología*. A menos que haya una necesidad urgente, raras veces vuelvo a leer mis libros, después de que han sido publicados. Durante esos 44 años, mientras escribía mis obras *Dinámica social y cultural* (1937-41), *Movilidad social* (1927), *Teorías sociológicas contemporáneas* (1928), y *Sociedad, cultura y personalidad* (1947), he tenido que releer varias partes de esos volúmenes. Como resultado de estas lecturas, he encontrado que, a pesar de varios defectos, los volúmenes proporcionan lo que me parece ser la primera teoría lógicamente sistemática y empíricamente detallada de las estructuras sociales: "La estructura de los sistemas sociales elementales", desarrollada en el volumen I y la "estructura de los sistemas sociales complejos", expuesta en el volumen II.

Si en estas obras posteriores virtualmente he reiterado en forma concisa la teoría desarrollada en mi *Sistema Soziologii*, la razón para esta repetición es que encontré que mi antigua teoría era más lógicamente consistente, más válida empíricamente y más adecuada científicamente mundial sobre sociología y ciencias sociales. Además de la teoría de las estructuras sociales, el *Sistema Soziologii* contenía el esqueleto de una teoría de la movilidad social, desarrollado posteriormente en mi monografía de vanguardista sobre "movilidad social".

Si se considera el hecho de que estos volúmenes posteriores han sido traducidos a muchos idiomas, han servido como textos avanzados en las universidades de muchos países occidentales y orientales, han abierto nuevos campos a la investigación social y han producido una abundante bibliografía que trata de mis teorías; estos hechos sociales son pruebas favorables y confirman el veredicto de la Universidad de San Petersburgo de que el *Sistema Soziologii*, responde totalmente a los requisitos para los que fue escrito, y que estuvo muy bien defendido por el sustentante, de las críticas de los oponentes oficiales y no oficiales en la discusión pública, lo mismo que de los diversos oponentes que la han atacado, durante el periodo de 44 años que ha transcurrido desde su publicación.

Con este comentario concluyo lo referente a mi defensa pública de mi *Sistema Soziologii*. Esto se refiere a algo ocurrido durante 1922 y no al periodo de 1914-16, como todo el resto del capítulo, pero la inserto aquí a fin de completar la narración de mis labores para obtener el grado de estudios avanzados en Rusia. Ahora que he terminado con este asunto,

puedo volver a una breve narración de otros aspectos de mi vida durante los años de 1914-16.

La vida en medio de la furia de la guerra
y de los principios de la Revolución

La narración anterior de mi vida académica en 1914-16 no debe dar la falsa impresión de que mis actividades, lo mismo que la de otros sabios rusos, se reducían a nuestras actividades científicas. Una dedicación completa a la ciencia o a las artes, resultaba imposible en medio de la conflagración de la guerra mundial y de los truenos de la revolución que se aproximaba. En la Rusia zarista, los profesores y estudiantes universitarios estaban libres del servicio militar obligatorio (medida muy sabia para el beneficio de cualquier nación). Pero, a pesar de esto, voluntariamente participaban activamente defendiendo a la patria del ataque de las fuerzas invasoras, trabajando cada quien en el campo de su preparación especial para ser más útil. Como otros muchos sabios sociales trabajé con muchos comités para organizar y movilizar los recursos económicos de la nación, abastecer las fuerzas armadas, organizar actividades recreativas y educativas para los inválidos y veteranos y unidades activas del ejército y la marina.

Además de participar en diversos comités, dicté numerosas conferencias, relacionadas con el deber, tanto a los diversos grupos militares como a públicos civiles.

Al lado de estas actividades patrióticas, muchos de entre nosotros, realizaban la tarea, no menos urgente, de forjar planes y buscar medios para conseguir lo que deberíamos hacer nosotros en particular y la nación en general, en el caso de la caída inminente del régimen zarista y de la derrota de Rusia por las fuerzas alemanas. Al principio de la guerra, el gobierno zarista contaba con el apoyo de la nación; pero, la falta de preparación del gobierno y su creciente incapacidad para llevar a cabo con éxito la defensa del país, minaron rápidamente el apoyo patriótico, la confianza, el prestigio mismo del régimen zarista. Ya para 1915, muchos de nosotros estábamos seguros de que los días de este régimen estaban contados, que deberían hacerse planes para la reconstrucción básica de la nación, y deberían tomarse decisiones sobre lo que debería hacerse respecto a la devastadora guerra y a la invasión del país por el enemigo.

A fines de 1916 y en enero de 1917, la situación general del país llegó

a ser crítica. Unas cuantas líneas de mi obra *Hojas de un diario ruso*, la describen vívidamente.

Es claro que vamos entrando a la tormenta de la revolución. La autoridad del zar, la de la zarina y la de todos los funcionarios del gobierno se ha deteriorado terriblemente. La derrota de las armas rusas, la miseria y el descontento general de la gente han provocado de modo inevitable un nuevo clamor revolucionario. Los discursos de Shulgín, Milyukov y Kerensky, en la Duma, y especialmente la denuncia de Milyukov, sobre la estupidez y traición del gobierno han tenido un eco peligroso en todo el país... La vida universitaria se va haciendo más y más desordenada. En las paredes de los baños se vean frases como "Abajo el zar", "Mueran la zarina y Rasputín"... Los periódicos se han vuelto muy audaces en sus ataques al gobierno. Los precios aumentan terriblemente. Las colas para comprar pan, son cada vez más largas. Las quejas amargas de la gente que espera horas y horas en estas colas son cada vez más audaces... Los soldados que regresan del frente hablan del gobierno con odio y extrema indignación... Las manifestaciones callejeras de mujeres pobres y de niños que piden "pan y arenques" son cada vez más ruidosas... Los amotinados detuvieron hoy los tranvías, volcaron algunos de ellos, saquearon varias tiendas y aun atacaron a la policía. Muchos obreros se han unido a las mujeres; las huelgas y los desórdenes se multiplican... La revolución rusa se había iniciado con las mujeres y los niños hambrientos que pedían pan y arenques, que comenzaron volcando los tranvías y saqueando unas cuantas tiendas. Sólo más tarde, al unirse con los obreros y los políticos, sintieron la ambición de acabar con el poderoso edificio de la autocracia rusa. Se ha roto la rutina ordenada de la vida. Las tiendas y las oficinas están cerradas. En la universidad hay reuniones políticas en vez de conferencias. La revolución ha puesto un pie en el umbral de mi país... La policía permanece ociosa e irresoluta. Hasta los cosacos se han negado a dispersar a la multitud. Esto significa que el gobierno es impotente y que su maquinaria se ha roto. Los amotinados han comenzado a matar a los policías... El final está muy cerca... ¿o es solamente el principio?

Los políticos de todos los partidos, los intelectuales de todas las corrientes de pensamiento, y una nobleza que está mental y moralmente en bancarrota, se ocupan de interminables discusiones y planes políticos.

En una reunión de diputados, políticos, sabios y escritores, celebrada ayer en la casa de Dhubin-Posdeeff, hasta los más conservadores hablaron sobre la revolución como de algo seguro. Condes y barones, terratenientes y comerciantes, todos, aplaudieron las agrias críticas contra el gobierno y aclamaron la revolución que se aproxima. Fue un curioso espectáculo ver a estos hombres agotados, afeminados, acostumbrados a una vida de comodidades, invocar a la re-

volución. Tuve la visión de las clases dirigentes de Francia en vísperas de la Revolución Francesa. Lo mismo que estos rusos, aquella aristocracia afeminada saludó a la revolución con risas, sin reflexionar que podía despojarlos de sus propiedades y aun de sus vidas.

Gracias a mis antecedentes revolucionarios como ideólogo del partido Social Revolucionario, participé activamente en estas discusiones y planes para una nueva constitución democrática de Rusia, en la que las reformas sociales básicas habían de llevarse a cabo después de la caída del régimen, y cuyas medidas más prudentes deberían tomarse teniendo en cuenta la guerra. Este último punto dividió profundamente a todos los partidos socialistas en dos: "Patriotas sociales" e "internacionalistas". Ambas facciones quería que la guerra terminara lo antes posible, pero, los "partidos sociales" se declararon en contra de una paz separada con Alemania y por la continuación de la guerra hasta que los aliados occidentales de Rusia estuvieran dispuestos a declarar la paz general con el enemigo. En contraposición, los "internacionalistas", estaban en favor de una paz separada con Alemania, independiente de la decisión de nuestros aliados, si ellos también estaban dispuestos a terminar la guerra, muy bien, si no querían hacerlo, los "internacionalistas" deseaban arreglar sin tardanza un armisticio y una paz por separado con la coalición encabezada por Alemania. La mayor parte de los socio-revolucionarios, los social-demócratas (Mensheviks) y de los otros partidos socialistas, apoyaban la posición de los "patriotas sociales". Una gran mayoría de los bolsheviks y de los revolucionarios sociales de izquierda, aceptaron la posición de los "internacionalistas". Conducidos posteriormente por Lenin, buscaron reemplazar la guerra internacional, por una guerra global de clases. "Paz a las cabañas y guerra a los palacios", era su lema.

Para bien o para mal, adopté la posición de los patriotas sociales. En esa época aún tenía una opinión idealista de los gobiernos occidentales aliados. Aún creía en la naturaleza no maquiavélica sino honesta y democrática de su política, en que cumplirían sus promesas y tratados, en que estaban dispuestos a ayudar a Rusia en su hora de necesidad, como ella los había ayudado y salvado de un mortal peligro. Debo recordar al lector occidental: que tanto en la Primera como en la Segunda Guerra Mundial, Rusia luchó —sola— contra una proporción mucho mayor de las fuerzas enemigas que todos los aliados juntos; que soportó los golpes principales de la guerra; que pagó, por esto, un terrible precio en vidas humanas, ciudades devastadas, recursos económicos y naturales destruidos (un precio muchísimo mayor que el que

pagaron todos los aliados juntos). Con este sacrificio, es indudable que Rusia salvó a los aliados de una derrota y ruina probable, para no decir nada del salvamento de millones de vidas de los aliados occidentales, que hubieran tenido que luchar solos contra la coalición alemana, si Rusia no hubiera soportado la carga principal de la lucha.

Posteriormente, quedé desilusionado en esta concepción idealista de los gobiernos occidentales. En lugar de ayudar a Rusia en su hora de su aflicción, trataron de debilitarla, de incitarla a la guerra civil, de desmembrarla, apropiándose de cualquier parte de su territorio que pudieran quitarle. Rompieron sus compromisos y obligaciones; después de la Segunda Guerra, iniciaron toda clase de guerras frías y calientes contra ella y, aún en el momento de escribir estas líneas, en cooperación con su antiguo enemigo, tratan de destruir no sólo al Imperio Ruso y al gobierno soviético, sino la médula de la propia nación rusa. Aún en mi lucha personal con el gobierno comunista, casi sucumbí a causa del doblez de los jefes de la fuerza expedicionaria aliada en Arkhangelsk, quienes, al romper las promesas dadas solemnemente al grupo nuestro, que tramaba derrocar al gobierno comunista de Arkhangelsk, contribuyeron a que me aprehendieran y condenaran a muerte en Veliki Ustyug los agentes comunistas.

Si en 1915-17 hubiera tenido la opinión que tengo ahora de los gobiernos occidentales, a los que considero como simples maquinarias de poder, tan cínicas, maquiavélicas, rapaces, miopes y egoístas, como las maquinarias de poder de otros gobiernos (incluyendo al soviético), probablemente me hubiera unido a los "internacionalistas" Pero, por entonces, mi idealización de los regímenes y democracias occidentales me colocó entre los patriotas sociales. Junto con el gobierno de Kerensky y con la mayoría de los miembros y dirigentes de todos los partidos socialistas y liberales, incluyendo "a los abuelos" de la revolución rusa, E. Breshkovskaia y N. Chaikovsky, el dirigente más eminente del partido social-demócrata, G. Plejanov y aun uno de los máximos dirigentes del anarquismo, P. Kropotkin, defendí esta posición como miembro del gobierno de Kerensky, del Consejo ruso y como uno de los principales editores de los periódicos social-revolucionarios *Delo Naroda* y *Volia Naroda*; como estudioso, como orador popular y como conferencista, antes y después de la Revolución, hasta que fui arrojado de Rusia.

Estas líneas pueden dar idea de las numerosas actividades no académicas a que me dediqué durante la guerra y en vísperas de la revolución. Durante los años de 1914-16 la vida era incómoda, pero muy excitante. En medio de los acontecimientos que se desarrollaban con

gran rapidez, no había posibilidad de dedicarse puramente a las actividades científicas o de otro tipo específico. Al estallar la revolución, esta dedicación resultó, aún más, imposible.

Entre los demás acontecimientos personales de estos años, debo mencionar la muerte de mis amigos y maestros M. Kovalevsky y E. de Roberty, quienes por ello, no participaron en mi examen y mi discusión para el grado de maestro. Mi tercer gran maestro, el profesor L. Petrajitzky permaneció en Rusia, hasta septiembre de 1917. Como la vida universitaria se encontraba completamente trastornada y el ascenso al poder de los comunistas resultaba eminente, ayudé a transportarlo a Varsovia (como secretario del Primer Ministro Kerensky, podía ayudar en este sentido) y salió de Rusia para radicar en Polonia. Como eminente sabio ruso-polaco, se le ofreció una cátedra en la Universidad de Varsovia, pero, por diversas razones, no se sintió contento allá, ni fue tan apreciado por los círculos extremadamente nacionalistas de la renacida Polonia, como lo había sido en Rusia. Deprimido por las tendencias destructivas de las guerras y revoluciones y por el hecho de que se desatara en el hombre la peor de las bestias, se suicidó abriéndose las venas. Las muertes de estos grandes hombres constituyeron una gran pérdida tanto para mí como para toda la humanidad. Fueron esas muertes precursoras de otras muchas muertes de legiones de espíritus creadores devorados por las gigantescas guerras y revoluciones del sangriento e inhumano siglo xx.